

Aurelio Martí Bataller (2017): *España socialista. El discurso nacional del PSOE durante la Segunda República*, CEPC, Madrid.

La nación, así como la ideología emanada del sentido de identidad que genera, el nacionalismo, experimentaron un momento de auge durante el periodo de entreguerras. Después de décadas en que ambos conceptos se habían limitado sobre todo a ser parte de los debates y las reflexiones de políticos e intelectuales, a partir de la Gran Guerra se descubrió el enorme potencial que tenían como argumento movilizador y, una vez descubierto, como sabemos, se explotó a conciencia. La apelación a la nación, sobre todo a su defensa, pasó a integrar desde entonces el discurso legitimador de cualquier postura política, incluso de la de aquellos –como los pertenecientes al movimiento obrero– que decían no tener patria.

El socialismo español no se mantuvo al margen de la atracción que la retórica nacionalista ejercía en aquellos años, como demuestra sobradamente el libro de Aurelio Martí Ballester. A través de un minucioso análisis de numerosas fuentes –entre las que figuran acertadamente también documentos visuales– el autor pone de manifiesto cómo la apelación a España y a aquellos elementos que se consideraban constitutivos del ser español, aunque ya llevaban años formando parte del discurso socialista, intensificaron su presencia durante los años de la Segunda República y se incluyeron de forma tanto banal como solemne en las “experiencias de nación” que tuvieron los afiliados y simpatizantes del partido.

En la definición de qué era –o, más bien, de qué fue siendo, pues las identidades no son estáticas– España y ser español, los socialistas incluyeron todo un conjunto de elementos que en cada caso permitían subrayar o darle un matiz concreto de significado a ambos conceptos de acuerdo al uso particular que se les quisiera asignar. Así pues, aspectos como la lengua, ciertos rasgos del carácter sintetizados en términos como “genio” o “raza”, o el anticlericalismo formaron parte fundamental de los componentes socialistas de la idea de España y fueron expresados y representados a través de diferentes soportes y actividades, como el cine, el deporte o la música, como se va mostrando a lo largo del libro de Martí Ballester.

Pero de entre estos elementos, el que probablemente tuvo un peso mayor fue la historia, tema al que está dedicado el segundo capítulo de este trabajo y que reaparece como una constante con mayor o menor intensidad en el resto del capitulado. Tomando en cuenta las fuentes intelectuales y políticas del socialismo de los años 30, seguramente no sorprende la presencia de los Comuneros de Castilla o de Agustina de Aragón tanto en discursos y editoriales de la prensa, como en zarzuelas o crónicas deportivas; lo que probablemente resulta llamativo es su enorme recurrencia. Quizás, en este recuento de los usos de la historia realizado por los socialistas, llama la atención que el autor no dedique demasiado espacio a analizar la forma en que estos interpretaron el Sexenio Democrático o al menos la Revolución Gloriosa, sobre todo teniendo en cuenta que las apelaciones a la “España con honra” están presentes en

sus discursos desde antes del advenimiento de la república y hasta el inicio de la Guerra Civil.

Por otra parte, entre los elementos constitutivos del discurso nacionalista de los socialistas, como señala el autor, se pueden identificar muchos provenientes de la tradición republicana y liberal progresista decimonónica. La presencia de estos elementos no supuso, sin embargo, que los socialistas no incluyeran los suyos propios, cuya presencia se haría más notoria sobre todo a partir de 1933, tras su distanciamiento con los republicanos. Desde entonces, el ala más radical del socialismo encabezada por Largo Caballero promovió una definición de España claramente más restrictiva, en la que esta era en buena medida supeditada a la idea de clase, pues se reforzó la identificación de la nación con el pueblo y de este a su vez con el proletariado (como se escenificó en la fiesta del 1 de mayo de 1936), por lo que el resto de la ciudadanía pasó a engrosar a partir de entonces las filas de su particular antiEspaña.

Pero, como también queda constatado en el libro, no todo el socialismo asumió —o no al menos de forma tan intransigente— esta supeditación de la nación a la clase. Prieto, como había venido haciendo desde 1931, siguió apelando a España como espacio de unidad, lo que, como queda expuesto, le ocasionó algún desencuentro con Largo, sobre todo a partir de 1936. Esta discrepancia dentro del socialismo en el empleo discursivo del nacionalismo español, a pesar de su claro interés, no es excesivamente explorada por el autor, excepto en el último capítulo. Sin embargo, quizás dicha exploración requiera otros trabajos de investigación que, partiendo de este, puedan desentrañar esos matices y nos permitan abundar en el conocimiento tanto del socialismo como de las ideas de nación imaginada.

Lara Campos Pérez

Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivistomía en la Ciudad de México